



Enrique DÍAZ ALVÁREZ

La palabra que aparece.

El testimonio como acto de supervivencia

Barcelona, Anagrama, 2021, 317 pp.

Coincidiendo con el establecimiento de lo que se ha venido a llamar, en palabras de Anette Wieviorka, la “era del testigo” y con la cada vez mayor importancia adquirida en los campos literario y editorial, el interés por el estudio teórico de los textos autobiográficos se ha incrementado notablemente en el ámbito hispánico en las dos últimas décadas. Lejos de plantearse de forma unidireccional desde los ámbitos tradicionales de la Teoría o la Historia de la Literatura, la atención de la academia ha trascendido los encorsetados límites de las áreas de conocimiento y ha tendido a hacerse de forma transversal, evidenciando con ello las implicaciones sociales e históricas que en muchas ocasiones adquieren los discursos testimoniales.

Así ocurre en *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia*, Premio Anagrama de Ensayo del año 2021, cuya vocación interdisciplinar viene dada por la formación y la trayectoria de su autor, Enrique Díaz Álvarez, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas de la UNAM, y por la explícita declaración de intenciones de su aparato paratextual, en la que se presenta como “un libro sobre la violencia y la palabra”. Y es que, efectivamente, el propósito de la obra es “encarar la violencia, no solo en el sentido de hacer frente al problema, sino también en el de dotar de rostro y lugar al derrotado, al desechado, al desaparecido” (16). El testimonio, en consecuencia, interesa en el libro no tanto por su valor formal como por la dimensión pragmática –de “acto performativo” (18), como señala explícitamente el autor– que le lleva a intervenir de forma directa en la conformación del relato histórico y del imaginario colectivo de las sociedades. En la línea de algunas tendencias de los Memory Studies, de las corrientes de la Microhistoria y la Historia de la vida cotidiana y de toda la tradición de estudios sobre la retórica del poder, Díaz Álvarez trata de demostrar en su obra que la palabra es acción y que, en consecuencia, del mismo modo que los opresores y los victimarios pretenden imponer su posición a través de la conformación de un discurso, es posible que los oprimidos y las víctimas intenten subvertirlo a través de su relato experiencial. En determinados contextos, contar la vida no es, por tanto, una mera elección expresiva, puesto que se convierte casi en un imperativo de implicaciones políticas y éticas en la medida que cuestiona el relato hegemónico y pone “en el centro de la escena pública una serie de voces deshechas, marginadas o eliminadas” (18).

Partiendo de esta premisa, lúcidamente desarrollada en el prólogo de la obra y asentada sobre un vasto dominio del estado de la cuestión –deudor, entre otros referentes, de la concepción de “testigo” de Giorgio Agambem, de la concepción de la historia de Walter Benjamin o del pensamiento de Hannah Arendt, al que se recurre varias veces en el libro–, Díaz Álvarez desgrana a lo largo del ensayo diversos ejemplos prácticos diseminados a lo largo de la historia y en diferentes contextos y circunstancias. Lo hace, y esto es uno de los grandes valores de la obra, con un estilo ameno y formalmente muy cuidado que en ningún momento deja de lado el rigor y con una perspectiva personal que le lleva a ocupar en ocasiones el centro del discurso, exponiendo sin ambages opiniones, reacciones o gustos personales. El alejamiento de los corsés canónicos resulta especialmente revelador en este caso, ya que, más que una mera opción formal o metodológica, contribuye a vincular contenido y continente, reforzando así la coherencia del libro, que se presenta deliberadamente como un ensayo con afán de intervenir en la esfera pública más allá de la academia que aborda, precisamente, el estudio de testimonios que nacen –o que al menos se leen– con una evidente vocación pragmática de convertirse en resistencia y memoria activa.

Es cierto, no obstante, que la propuesta del autor no es del todo novedosa, y que hay en toda la tradición intelectual de los últimos años iniciativas similares, situadas en un amplio espectro que va de lo filosófico a la estrictamente lingüístico pasando por lo histórico, lo ético, lo literario o lo sociológico; pero también lo es que *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia* dialoga con casi todas ellas, a las que va y vuelve de forma continua dentro de la asistematicidad de un texto perfectamente presentado y esquematizado pese a su consciente alejamiento de cualquier atisbo de rigidez estructural, y las consigue presentar de forma atractiva y tremendamente lúcida gracias a la frescura que en todo momento transmite su lectura y al pertinente ejemplario de casos prácticos desplegado. También resulta sumamente valioso, por su pertinencia y su heterogeneidad, el catálogo de referencias bibliográficas empleado, que no se limita a los textos teóricos canónicos, sino que incluye documentos periodísticos, novelas contemporáneas y todo tipo de testimonios.

El interés de Díaz Álvarez, dentro del marco general de la violencia, reside en la guerra, que va apareciendo en la obra a través de diversos acontecimientos históricos que, cronológicamente –aunque siguiendo otro orden de presentación en libro–, comienzan con la guerra de Troya. Gracias a la lectura que diversos autores –Hannah Arendt, Ismael Kadare, George Steiner, Carlos García Gual o Alessandro Baricco– han hecho de la *Iliada*, Díaz Álvarez ofrece una interpretación que identifica la actitud de Homero con el afán de explorar “la fuerza reparadora de la literatura sobre los derrotados” (95). Pese a la inclusión en el libro de sendos capítulos dedicados al texto homérico y a los relatos de la conquista de América –que, en su opinión, acostumbra a participar de la realidad y la ficción en la medida en que están inspirados en muchos casos por héroes de leyenda procedentes de la novela de caballerías–, el interés de la obra es plenamente contemporáneo, lo que le lleva a ocuparse de acontecimientos de los siglos XX y XXI como la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial o de la denominada “guerra contra el narcotráfico” que inició el gobierno mexicano en 2006.

Poniendo siempre el énfasis en la supervivencia simbólica que garantiza el testimonio, el autor va analizando personajes y fenómenos vinculados a esos tres acontecimientos históricos, de forma que el libro va entrelazando, sin ánimo de exhaustividad, las experiencias que George Orwell vertió en *Homenaje a Cataluña*, los testimonios sobre los damnificados por el estallido de la bomba atómica que Kenzaburu Oé recopiló en *Cuadernos de Hiroshima*, la literatura vivencial con la que Premio Levi dio cuenta del horror vivido entre alambradas o la reacción del poeta mexicano Javier Sicilia

ante el asesinato de su hijo. La evolución histórica que marcan estos hitos repercute en la reflexión general del libro, que medita acerca de los nuevos contextos bélicos, la influencia de las nuevas tecnologías en el proceso despersonalizador de la violencia, las implicaciones que el estatuto de víctima parece haber adquirido en las sociedades contemporáneas o la sobreexposición de imágenes violentas que provocan los nuevos medios. Esta última cuestión, especialmente vigente cuando Díaz Álvarez se refiere a la situación actual de México, resulta de suma importancia, pues permite calibrar las implicaciones éticas y políticas del testimonio de las víctimas y los supervivientes en un contexto en el que la reiteración de información –especialmente, de cifras y datos deshumanizadores– y la espectacularización en el tratamiento de la violencia conllevan muchas veces un efecto narcotizador que implica normalizar lo que no es sino aberrante, como el mero hecho de que en los tres últimos tres lustros hayan sido asesinadas alrededor de 250.000 personas en México.

Situaciones como esa, y como otras que aparecen en el libro, obligan a plantearse qué y cómo representar lo sucedido, provocando que la estética no pueda quedar al margen de la ética; llevan a los miembros sociedad –y especialmente a las víctimas directas– a asumir las consecuencias que puede tener la acción que supone tomar la palabra; y, con ello, confirman que el testimonio de los horrores desde la perspectiva de quien los sufre puede adquirir una función social que ayude a conseguir justicia y reparación, y a evitar su repetición futura. Así, en definitiva, *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia* reclama, en unas líneas que no son finales pero que pueden leerse como conclusión, una “política del testimonio” que apele “a relacionar y entretrejer experiencias políticas; a sentir y reconocer ese eco resonancia por más distintos que sean los contextos y las problemáticas; a reescribir la guerra sin héroes y villanos; a hacer y visibilizar la historia de los derrotados y los desechados” (267).

Javier SÁNCHEZ ZAPATERO

Universidad de Salamanca